
Sección Bibliográfica

Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1967, 284 pp.

Desde que América Latina se impuso como objeto unitario de estudios en el campo de las ciencias sociales, una cantidad desproporcionada del material publicado representa la compilación de diferentes aportes individuales de diversos especialistas en la materia. Dentro de esta categoría caen las obras recientes editadas por Seymour M. Lipset y Aldo Solari, *Elites in Latin América* y la de Claudio Veliz, *The politics of conformity*. Y si se exceptúa una media docena de trabajos económicos —como los de Furtado y Urquidí— son muy pocas las obras sociológicas de conjunto que han aparecido sobre la región y que sean fruto de un trabajo personal, con miras hacia la totalidad y la síntesis. Después de *Política y sociedad en una época de transición* de Gino Germani y de *América Latina: estructuras sociales e instituciones políticas* de Jacques Lambert, el intento más reciente y comprehensivo es el del sociólogo argentino Jorge Graciarena, quien se ocupa en plantear los aspectos sobresalientes del desarrollo regional en función de las dos dimensiones más clásicas de la sociología: el poder y la clase social.

No hay duda de que la experiencia del autor, la relevancia de su temática y su enfoque en función de una "síntesis sociológica de los grandes procesos de la sociedad y del desarrollo" en América Latina hacen del suyo uno de los libros

de mayor interés y envergadura en nuestras ciencias sociales.

La obra está dividida en seis capítulos que analizan de manera penetrante las áreas más críticas de la estructura social latinoamericana contemporánea y trae al final dos Apéndices, el primero de los cuales consiste en una explicación de las alternativas teóricas predominantes en el pensamiento sociológico moderno y de las consecuencias que se derivan según la perspectiva teórica que se asuma. El segundo Apéndice señala las limitaciones de la cooperación científica internacional cuando los centros estratégicos de investigación están situados en el extranjero, como es el caso en condiciones actuales. Ambos Apéndices participan de la atmósfera crítica e imaginativa que caracteriza la parte central de la obra.

Si bien hay una continuidad a lo largo de ésta —que justificaría un comentario de tipo general sobre el conjunto— conviene entrar a considerar con algún detalle la trama de ideas que estructuran la exposición del autor.

El primer capítulo sirve las veces de un telón de fondo en el que se proyectan las relaciones entre desarrollo y estabilidad política y que sirven de referencia tanto para el análisis de la política exterior norteamericana frente a América Latina, como también para introducir una de las ideas centrales y más originales de toda la obra: el "compromiso oligárquico", que es el precio que las oligarquías —y las clases medias— tienen que pagar

por las transformaciones estructurales ocurridas hace un cuarto de siglo.

En el segundo capítulo Graciarena analiza las bases de la crisis oligárquica que conduce al compromiso y señala, en consecuencia, las deficiencias de la tipología oligarquía-élite.

El tercero y cuarto muestran los alcances interpretativos de la *política del compromiso* que constituye la base estratégica de la dominación política actual en América Latina. El compromiso es estudiado por el autor dentro de las condiciones corrientes de inestabilidad política y de estancamiento económico. La tesis fundamental de estos capítulos —y de la obra en general— es la de que la inestabilidad política y el estancamiento económico de América Latina están profundamente relacionados con la política de compromiso de las élites oligárquicas de los países de la región.

La línea general de interpretación seguida por Graciarena tenía —necesariamente— que apartarlo de las explicaciones que ven la historia y el desarrollo de la región en función de la dinámica o atonía de las clases medias. No es por eso coincidental que el tratamiento más extenso lo dedique el autor a la problemática de las clases medias. El mismo título del capítulo, “La crisis de las clases medias” insinúa, de entrada, la posición de Graciarena frente a una categoría social que —parafraseando la opinión de Voltaire sobre el Santo Imperio Romano Germánico— ni eran clases, ni eran medias, ni eran nada. Tras un análisis de las tesis de Johnson, Hoselitz y Ratinoff, lo que inquieta a Graciarena es que ninguno de ellos explica las razones por las cuales estas clases abandonaron su progresismo inicial y sus aspiraciones revolucionarias. La explicación de la “reorientación oligárquica” de las clases medias hay que buscarla —según Graciarena— en el origen de sus segmentos más importantes, en sus relaciones con los sectores populares y en la transformación elitista de la dominación oligárquica. Los datos fundamentales de esta tesis serían, pues:

1. Dependencia estructural de las clases medias con respecto a la clase dominante;

2. Transformación cualitativa de los sectores populares que sirvieron de base para la alianza inicial; y

3. “Urbanización”, por así decir, de las bases de poder oligárquico e iniciación del “compromiso oligárquico”.

Sobre estas premisas, su tesis se puede resumir así:

La reorientación oligárquica de las clases medias, en primer lugar, fue *posible* debido a una situación de dependencia económica, clientelista, con respecto a la clase dominante. Esta última, a su turno, entró a formar pactos con aquéllas, gracias a la coyuntura anterior, cuando la crisis agraria debilitó los fundamentos rurales de la dominación. Finalmente, lo que provocó la ruptura de la alianza de las clases medias con los sectores populares fue la incapacidad de aquéllas para integrar social y políticamente a vastas mayorías que se habían transformado en un grupo cualitativamente distinto de la minoría artesanal con la que inicialmente se pactó la alianza.

Es indudable que esta tesis se sitúa a un nivel de profundidad superior al de las otras. Mientras estas últimas describen los cambios en el comportamiento de las clases medias en función de procesos que fueron ocurriendo dentro de ellas mismas, aquélla atribuye estos cambios a procesos que se fueron sucediendo independientemente de los propósitos mismos de las clases medias. No obstante, su aplicación queda limitada a los primeros países de la región cuyas clases medias comenzaron a expandirse antes de la crisis de los años 30. No sería aplicable, en cambio, a situaciones como la colombiana, la brasileña o la venezolana en las cuales la crisis mundial trajo consigo las primeras alianzas iniciales con los sectores populares y no la reorientación oligárquica.

El capítulo final es otro excelente análisis que pone de manifiesto las contradicciones fundamentales que subyacen en el proceso de integración latinoamericana. Merecen destacarse las consideraciones sobre el papel del Estado y de los empresarios y sobre la ausencia de un proyecto político de integración. Definida la integración futura en términos de las fuerzas políticas que intervengan en el proceso,

el autor se dedica a analizar "la fuente de estas fuerzas, su vigor y orientación" y a solicitar a los sociólogos se ocupen de un tema hasta ahora descuidado. El resultado que saca Graciarena del análisis de estas fuerzas —empresarios, Estado, ideología, etcétera, es desalentador. El mayor vigor de estas observaciones está, finalmente, centrado en la idea de que sin una transformación política hemisférica la integración regional carece de fundamentos racionales. Y advierte a quienes creen que "una transformación de la envergadura formidable del proyecto de integración puede ocurrir sin que sea necesaria una transformación política de nivel equivalente".

Éstas son, brevemente, algunas de las ideas generales expuestas en este trabajo. Con él adquiere la sociología latinoamericana una obra de referencia y envergadura significativas para la discusión inteligente de sus problemas mayores.

Fernando Uricoechea

Universidad Nacional de Colombia

"L'Image de l'Homme dans la Sociologie." *La Sociologie en U.R.S.S. Rapports des membres de la délégation soviétique au VI^e Congrès International de Sociologie*. Editions du Progrès. Moscou, 1966. pp. 49-114.

En el Congreso de Sociología de Evian, los soviéticos que contribuyeron a precisar cuál es la imagen actual del hombre fueron: Andreeva, Zamochkine, Kone y Mitine. Sus estudios se refieren al enfoque que la sociología brinda del hombre, a los problemas contemporáneos de orientación social del individuo, a la personalidad y su relación con los papeles sociales, a la diversificación de los modos humanos de conducta en el capitalismo, los países en vías de desarrollo y el socialismo.

En esos estudios se pone de manifiesto cómo tanto en el marxismo como en la sociología occidental, se reconoce cada vez más, el vínculo entre la sociología y la filosofía. En Occidente, para Parsons, la comunicación entre estas dos disciplinas,

es indispensable, y para König, la sociología es cuasi-filosófica. El marxismo —por su parte— da las bases para una teoría sociológica general al proponer una de sus ideas-madre: la del materialismo histórico. En esto, parece llevarle la delantera a la ciencia occidental, ya que ofrece una interpretación radicalmente unitaria de la realidad, frente a la búsqueda occidental de una integración interdisciplinaria. El avance es aparente pues en un caso se trata de superar el especialismo que en el otro se ignora. Pero quizás ambos caminos deban encontrarse, como prescribe el doctor Pablo González Casanova,* al reconocer, más que la utilidad de una "contaminación" ideológica, la de una mutua fecundación metodológico-científica.

El problema antropofilosófico que debe contribuir a plantear y resolver la sociología es el de la dependencia (¿independencia? ¿dependencia total? ¿dependencia parcial? ¿inter-dependencia?) del individuo respecto de la sociedad. Ese problema, para el estudio empírico, concreto, de diversas sociedades es, primero, de modo, y luego de grado. Las soluciones sociológicas diversas —en el fondo las hipótesis por probar— proceden de ciertos modos de solución en filosofía (kantiano, positivista, marxista).

La sociología tradicional (en la que se dejaba sentir la gravitación sicológica) resultaba insuficiente para plantear, científicamente, el problema del hombre. El positivismo, con su énfasis en lo objetivo, corrigió sus excesos, pero sólo para descubrir que carecía de un criterio claro con qué señalar dónde termina lo objetivo y dónde principia lo subjetivo. El marxismo buscó ese criterio y ha creído hallarlo en la categoría "relaciones de producción". Con todo, de acuerdo con Andreeva, nunca intentó reducir la imagen del hombre a la de un productor que estuviera vinculado sólo por relaciones de producción a los otros productores ya que —según afirma— ha tratado "de reconstituir, a partir de esas relaciones, la imagen del hombre como ser social".

* Véanse *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. México, 1967.